

CAPITULO XXVIII.

El castigo.

EL mismo día 21, por la noche, á la luz de una fogata se veían unos ocho hombres armados, con sus caballos de la brida, cerca de un rancho situado á media legua de Santa Ana, en el camino de Zacoalco: uno de ellos, joven todavía, parecía el jefe por sus mejores arreos, y revelaba estar impaciente, á juzgar por sus movimientos nerviosos y por las palabras que dejaba escapar de vez en cuando.

—¿Qué hará Tomás? decía mirando hacia el camino, ya es tiempo de que hubiera vuelto.

Nadie le contestaba: los otros cinco hombres permanecían impasibles.

—Sería preciso tomar una resolución, siguió diciendo á pocos instantes, ¿volverá Tomás? ¿Lo habrán detenido? ¿Será posible que me dejen con tan poca gente, sabiendo que hay numerosos grupos de dispersos?

De repente pareció tomar una resolución.

—Oye tú, Agapito, dijo dirigiéndose á uno de sus hombres, monta á caballo y vas á Santa Ana á informarte de si hay soldados en la población. Que te acompañen dos muchachos y que se queden conmigo los otros dos.

—Pero jefe, ¿cómo hemos de dejarlo tan solo?

—No le hace: Tomás debe haber entregado ya los prisioneros y el botín que recogimos y estará aquí antes de que amanezca. Mientras tanto, nosotros nos metemos en la barranca que está aquí cerca.

El guerrillero, sin hacer más observaciones, montó á caballo, designó los dos hombres que habían de acompañarlo y no dijo más que estas palabras:

—Ya volvemos.

—Cuando estén de regreso se asoman al borde de la barranca y nos hacen la señal con un silbido.

Esto lo dijo Adrián Canales, cuando Agapito picó el caballo seguido de sus dos compañeros.

A la vez, los que se quedaron, se dirigieron á la barranca estirando los caballos de la brida.

—¿Tienen ustedes provisiones? les preguntó Adrián ya en camino, ustedes han visto que no hay en el rancho ni una choza.

—Yo traigo una botella de mescal y unos tacos, contestó uno.

—Yo un pollo cocido, agregó el otro

—Pues entonces vamos á cenar allí espléndidamente.

En efecto, cuando llegaron al fondo de la barranquilla, ataron los caballos á unos matorrales, se sentaron en el suelo, colocando sobre una piedra las provisiones. La cena no era nada opípara, como había dicho Adrián,

pero en cambio la engulleron con muchísimo apetito.

Apenas había acabado de circular la botella, cuando oyeron rumor de gente y pisadas de varios caballos á lo lejos.

—Debe ser Tomás, dijo Adrián. Vé tú, Bartolo, á ver quiénes son.

Bartolo se asomó al borde de la barranca, y tuvo la imprudencia de gritar á un grupo de unos veinte hombres armados que se acercaban:

—¿Quién vive?

—Religión y fueros, contestó el jefe adelantándose.

—¡El enemigo! gritó Bartolo volviendo á donde estaba Adrián.

—He conocido la voz de Pedro Ordóñez, dijo Adrián montando inmediatamente en su caballo.

Lo mismo hicieron los otros dos.

—Ahora, á vender caras nuestras vidas, exclamó Adrián.

Y lo primero que procuró fué buscar la salida de aquel escondite.

Por lo pronto Pedro y los suyos se quedaron en suspenso, sin saber si atacar ó tomar la huída, pues que ignoraban si eran pocos ó eran muchos los que formaban aquella que parecía una emboscada. De esa circunstancia se aprovechó Adrián para gritar con toda energía:

—¡A envolverlos! Diez por la izquierda, diez por la derecha y todos los demás por el frente. ¡Fuego!

Al mismo tiempo los tres hombres, sin salir completamente del barranco, pero cada uno en lado distinto, dispararon primero sus carabinas y luego sus pistolas de cilindro, haciendo un fuego graneado.

Naturalmente fueron heridos tres ó cuatro hombres

de los de Pedro, y se disponían á huir, azorados como estaban por la derrota de Cuevitas, en la cual se habían encontrado; pero el jefe con toda serenidad ordenó que se extendieran en línea para entrar en combate, figurándose que debían de ser pocos los atacantes, una vez que no se atrevían á salir á campo raso.

El momento fué apuradísimo para Adrián, porque no había tiempo de cargar nuevamente las pistolas, y la lucha á sable de tres contra veinte era casi imposible, y pensó en ordenar la retirada; pero ¿por dónde una vez que el barranco no tenía otra salida? Entonces Adrián exclamó:

—¡Vamos á abrírnos paso, muchachos!

Y metiendo espuelas á su caballo, salió audazmente á ponerse frente á frente del enemigo seguido de sus dos compañeros.

Con la luz de la fogata que todavía ardía frente á la casuca del rancho, contó uno, dos, tres, y luego que vió Pedro que no había más gente, gritó con júbilo reconociendo á su enemigo:

—Al fin té tengo en mi poder, Adrián.

—Aun no, contestó éste disparándole un tiro que tenía de reserva y que fué á herir á Pedro en el hombro derecho, haciéndole tirar la pistola que había levantado para hacer puntería.

—Mátenlo ustedes, dijo á sus compañeros lleno de rabia.

Entonces Adrián empuñó su machete y comenzó el desigual combate, animando Pedro á los suyos con la voz, ya que no podía hacerlo con el ejemplo.

Hubieran sucumbido al número los tres, ó tal vez

no, puesto que como leones peleaban cuerpo á cuerpo; pero en esos momentos llegaron de refuerzo Agapito y los dos hombres que habían ido al pueblo, por un lado, mientras que por el otro llegaba también Tomás con el resto de la guerrilla, compuesta de veinte ginetes.

Entonces los de Pedro tomaron la huída, quedando cinco de ellos prisioneros, el jefe inclusive.

—¿Lo matamos? le preguntó Tomás á Adrián.

—¡Oh, no! está herido y no ha podido defenderse: cuando yo lo mate ha de ser de hombre á hombre.

—¿Por qué no me matas de una vez? exclamó Pedro fuera de sí.

—Digo que no.

Luego dirigiéndose Adrián á Agapito le preguntó:

—¿Hay tropas en Santa Ana?

—Ningunas.

—Entonces vamos entrando.

—No, exclamó Pedro, no quiero sufrir esa humillación. ¡Mátame!

—¡En marcha! dijo Adrián poniéndose á la cabeza de su guerrilla.

Llegando á las calles de Santa Ana, se acercó á Pedro y le dijo:

—Que te lleven tus hombres á tu casa, todos quedan libres, yo para nada quiero prisioneros.

Tanto unos como otros quedaron sorprendidos, acostumbrados como estaban á ver que los que se cogían con las armas en la mano, principalmente si eran guerrilleros, se fusilaban sin conmiseración.

Como el pueblo estaba alarmado por el tiroteo que había habido allí cerca, inmediatamente se supo la entrada de Adrián y su guerrilla con algunos prisioneros.

Este, por su parte, luego que dejó á sus hombres acuartelados, se dirigió á pié hacia la casa de su novia. Ella estaba en una ventana.

—Todos en la casa están despiertos, dijo Refugio después que le dió la bienvenida con efusión, así es que no quiero que te vean. Mi padre y mi madre casi te odian desde que eres militar y me estrechan á que te olvide. . . .

—Pero tú, Refugio. . . .

—Cada día te amo más y más. . . .

—¡Amor mío!

—Y te juro que nunca te olvidaré, que he de ser tuya ó de nadie.

—Tu recuerdo me protegerá, Refugio, gracias, gracias.

—Vete, Adrián, te lo suplico.

—Adios, mi bien, ¡adios, mi Refugio adorada! Dentro de una hora me pondré en marcha y nadie me verá. Yo te escribiré.

—¿Pero á dónde vas?

—Para Guadalajara. El ejército debe haberse movido ya de Zacoalco.

—¡Dios te bendiga, Adrián!

Se dieron un beso los amantes y se separaron.

Al poco rato empezó á amanecer, pero ya Adrián había partido con sus fuerzas rumbo á Guadalajara para observar al enemigo, según se le había ordenado. Su guerrilla era una guerrilla exploradora, que estaba prestando importantes servicios al ejército de Degollado.

¿Qué hacían entre tanto los derrotados que habían entrado en pequeñas fracciones á Guadalajara? Reorganizarse como podían.

Por de pronto Casanova, que no era un valiente ni

mucho menos, declaró que él no se comprometía á defender la plaza, y que estaba mejor por evacuarla salvando los elementos de guerra y las pocas tropas útiles que quedaban; pero don José María Blancarte, que era no sólo un valiente sino un temerario, dijo que él se comprometía á detener al enemigo fuera de trincheras, mientras llegaba el auxilio que no dejaría de mandar el gobierno de la Capital.

Entonces todos los conservadores exaltados, aplaudieron á Blancarte, y lo proclamaron su caudillo con entusiasmo.

Desde luego se tomó de *leva* la gente necesaria, no sólo para abrir troneras y levantar nuevos fuertes, sino para empuñar las armas, aprovechando, como recurso extremo de que siempre se echaba mano, hasta á los presos sentenciados.

Degollado no se hizo esperar mucho. Tan luego como levantó el campo de Cuevitas y dió nueva organización á sus tropas, según las circunstancias, mandó extraordinarios á los Estados en donde había jefes amigos, para que le mandaran los refuerzos que pudieran, dándoles cita para Guadalajara, á cuya plaza se proponía poner cerco, en caso de que los conservadores tuvieran la locura de defenderla.

El 25 de Septiembre amaneció la ciudad sobrecogida de un pánico que se fundaba en los recuerdos del sitio anterior, en el cual habiéndose unido algunos léperos á las fuerzas de Degollado, habían roto con hachas algunas puertas de las tiendas por el rumbo de Belem, por cuyo motivo fueron bautizados desde entonces los liberales con el mal nombre de *hacheros*, palabra que se usaba aun en los pe-

riódicos, lo mismo que á los conservadores se les dió el apodo de *mochos*, y otros en gran manera denigrantes.

El pánico lo produjo la noticia de que el ejército liberal, como si trajera alas, había llegado á la villa de San Pedro, distante unos cuatro kilómetros de Guadalajara.

El 26 ocupó Degollado con sus fuerzas los edificios más inmediatos, y el 27 se circunvaló la ciudad, sin que el enemigo se atreviera á salir á romper la línea que se estaba formando, lo cual era muy facil, cuando el jefe liberal apenas había comenzado las operaciones del sitio con unos dos mil quinientos hombres.

Fueron ocupándose sucesivamente San Diego y otros edificios exteriores algo dominantes, y el día 4 de Octubre se atacó y tomó el fuerte de Santo Domingo, costando tan brillante hecho de armas la pérdida del valiente general don José Silverio Núñez, que había sido muy fiel á la causa constitucionalista, á pesar de haber formado su carrera militar como los demás oficiales de línea en las épocas aciagas del gobierno de Santa-Anna.

Una vez posesionados los liberales de este punto, que era el principal por el lado Norte de la ciudad, el activo coronel J. Cheesman, de origen americano, levantó al lado de la iglesia un fuerte que llamó la torre de Malakoff, colocó sobre la cima unas piezas de artillería, y desde allí estuvo abriendo brecha en las manzanas del frente que tenían los sitiados muy reforzadas, comprendiendo que por allí estaba el mayor peligro, no habiendo ningún fuerte inmediato que las protegiera.

Entre tanto, Degollado recibió algunos refuerzos, entre ellos uno de muchísima importancia, el de la brigada que mandaba el coronel don Estéban Coronado, que se había distinguido tomando á viva fuerza la plaza de

Durango, y cuya fuerza se componía de unos ochocientos rifleros del Norte. Los sitiados á su vez no pudieron ser protegidos, porque las fuerzas de Miramón, Márquez, Mejía, Echagaray, Buitrón, Cobos y demás caudillos conservadores, estaban bastante entretenidas en otras partes, así es que el sitiador pudo seguir todas sus operaciones tranquilamente, sin necesitar de dar asaltos que suelen ser inconvenientes en la guerra cuando no son seguros.

Aunque entonces el arte militar estaba muy atrasado todavía, se siguió en Guadalajara el sistema de aproximación horadando manzanas de casas desde los suburbios hasta cerca del recinto fortificado, é ¡infelices de las familias á quienes tocaba la desdicha de ver pasar soldados por sus habitaciones, pues de seguro que quedaban reducidas á la mendicidad! Se vieron horrores en este sitio de Guadalajara, lo mismo que en los que sufrieron otras poblaciones, equivaliendo un suceso de esos á un incendio, á un terremoto ó á una inundación, cuando esos accidentes son tan violentos y tan destructores que no dejan piedra sobre piedra.

Después de las horadaciones vinieron las minas y las contraminas, pero como ni los de adentro ni los de afuera sabían ponerlas, sin duda por la falta de ingenieros competentes para ese trabajo, al principio solieron dar resultados contraproducentes ó por lo menos fuera de propósito, estallando donde menos se quería que estallaran. Las experiencias sirvieron sin embargo para hacer rectificaciones, y por fin el día 27 de Octubre, después de un mes de sitio en que tanto sufrieron la ciudad de Guadalajara y sus habitantes, se consiguió hacer que se rindieran dos fortines, con sus cañones, que se encontraban en las calles laterales que iban á desembocar á Santo Domingo,

y por allí pudieron penetrar las columnas de los liberales, todavía entre el polvo que había oscurecido el espacio y por encima de los cadáveres que había causado la explosión de la pólvora.

Los pocos soldados que quedaron con vida entre los escombros, ni siquiera pensaron en defenderse.

Como Blancarte, á la vez que era valiente sabía mantenerse sereno en medio del peligro, aunque comprendió que todo se había perdido, se replegó á la iglesia de San Francisco que estaba bien fortificada, para capitular, como en efecto capituló poco después, muy desventajosamente.

Apenas ocupada la plaza y capitulado el último reducto de los conservadores, se empezó á oír un clamor general en el pueblo que se había reunido en la plaza y calles adyacentes.

—¡Queremos á Piélagos! ¡queremos á Monayo! ¡queremos á Casanova! gritaron.

Y los soldados del Sur, entre los que venían muchos vecinos de Ahualulco, de Tequila y de los demás poblados que tanto habían sufrido con las depredaciones de aquellos jefes, también lanzaban gritos de venganza.

Todavía estaba la sangre hirviendo por los repetidos combates, todavía se respiraba el humo de la pólvora, todavía se oía el eco de los últimos disparos, y tanto los soldados como la plebe tenían una especie de sed de que se hiciera de algún modo justicia, por tantos hombres que habían quedado sin vida, por tantas familias que habían quedado en la miseria, por tantas infamias como creían que habían cometido los instrumentos del bando conservador y la excitación de toda aquella masa que estaba formando un todo compacto, era espantosa.

De repente se oyó un grito de júbilo. ¡Piélagó había sido encontrado! ¿Dónde? ¿cómo? Pronto se supo que algún oficial lo había hallado herido en el convento de Jesús María.

—¡A la horca! ¡a la horca! se oyó gritar de todas partes.

Los soldados que conducían á Piélagó á la plaza, tenían grandes trabajos para librarlo de las iras del pueblo.

Al desembocar la escolta en la esquina de la Merced, frente á la Catedral, ya no le fué posible seguir adelante.

El oficial que la mandaba dijo entonces:

—¡Que el pueblo haga justicia!

Y los hombres del pueblo se lanzaron ebrios sobre Piélagó y querían matarlo, pero otros lo defendieron gritando:

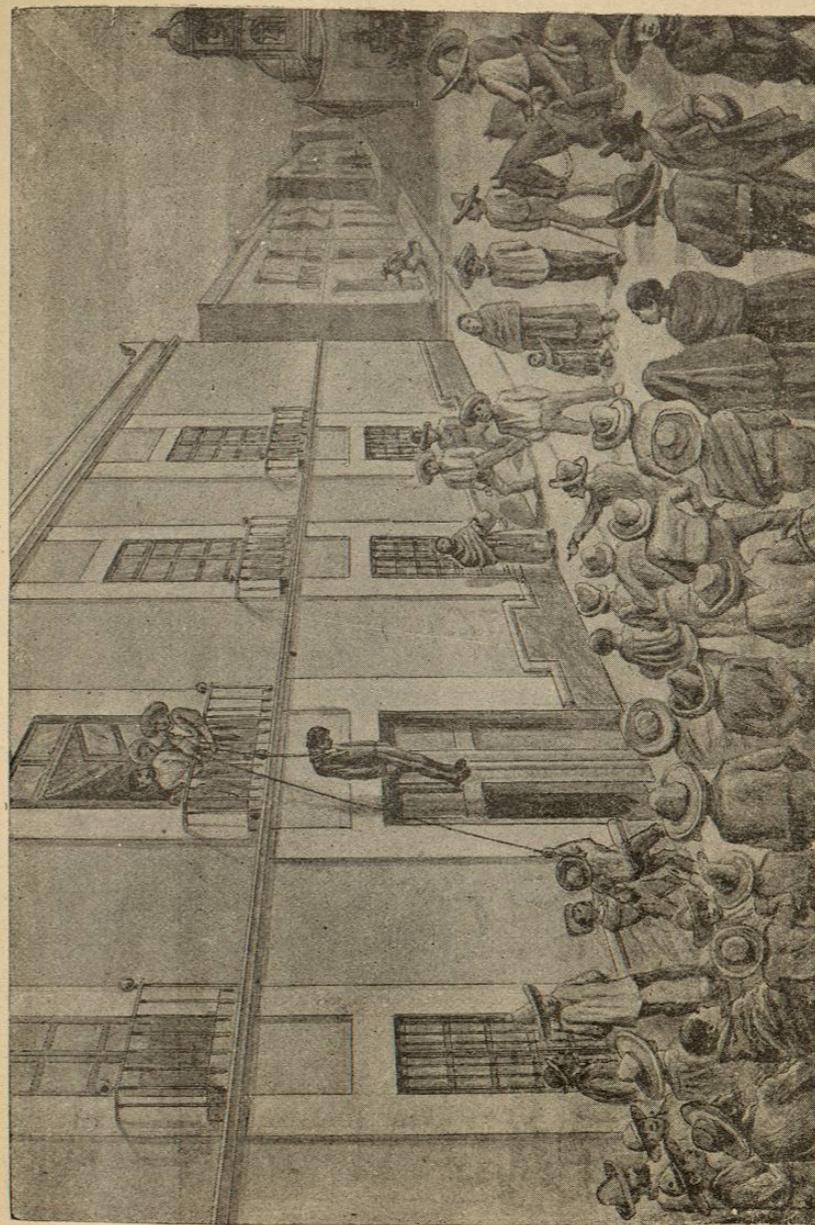
—No, nada de asesinatos. ¡A la horca! ¡a la horca!

Y Piélagó fué ahorcado en uno de los balcones del obispado, observándose que ya el temor lo había privado desde antes de todo conocimiento.

En ese mismo instante se oyó otro grito entre las gentes que llenaban la plaza de armas:

—¡Monayo! ¡Monayo! ¡aquí está el infame Monayo! ¿Quién lo llevó allí? ¿cómo apareció en la plaza? No se supo, ni tampoco se supo cómo los hombres del pueblo improvisaron una horca, se proporcionaron cuerdas y pudieron llevar á efecto el segundo castigo de otro de los facinerosos que se consideraba como el más criminal entre todos los otros criminales.

Por la calle de San Francisco, que también estaba muy concurrida, pasaba después de estos sucesos el teniente coronel Antonio Rojas con algunos de sus hom-



Piélagó ahorcado en Guadaluajara.

bres muy excitados, como era natural que se encontraran, cuando algún mal intencionado les dijo:

—Allí en la casa de don Antonio Alvarez está oculto Blancarte.

Rojas, que tenía sus cuentas pendientes con aquel por cuestiones de bandidaje á que eran ambos tan inclinados, dijo á los suyos:

—Vamos á sacarlo para que lo entreguemos al pueblo.

Y se metió á la casa de Alvarez seguido de los suyos y de algunos curiosos.

¿Hizo alguna defensa Blancarte ó se le asesinó cobardemente? ¿Fué Rojas el que disparó sobre él ó los que lo acompañaban? No pudo averiguarse: el hecho fué que se dispararon algunos tiros y Blancarte quedó allí mismo sin vida.

Rojas, espantado de aquel suceso, huyó de Guadalajara, y don Santos Degollado lo puso fuera de la ley temporalmente.

¿Fueron justos aquellos castigos verificados en medio de la embriaguez popular? ¿Fué debido que se castigara un asesinato con otros asesinatos? Lo que puede afirmarse es que la alegría del triunfo, se amargó con aquellos sucesos de salvajismo.